

● Almed publica la apasionante biografía de Richard Burton, el formidable aventurero británico del Ochocientos cuyas andanzas fascinaron a Borges

El hombre y lo sublime

EL DIABLO MANDA. LA VIDA DE SIR RICHARD BURTON

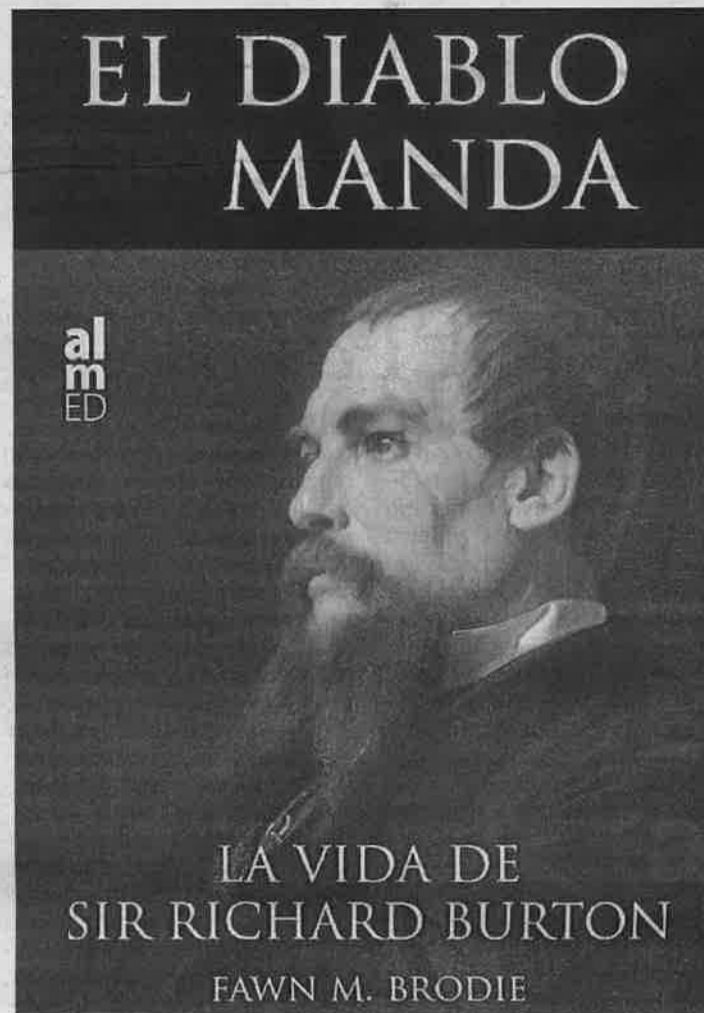
Fawn M. Brodie. Trad. Clara Morán. Almed. Granada, 2015. 490 páginas. 29 euros

Manuel Gregorio González

Borges, en *Los traductores de las 1001 noches*, habla de sir Richard Burton como del "capitán inglés que tenía la pasión de la geografía y de las innumerables maneras de ser un hombre que conocen los hombres". De esta vocación plural del capitán Burton, Borges extraerá un juicio adverso sobre su oficio de traductor, ponderando la contención de Galland y de Lane, en disfavor de la escrupulosa literalidad, teñida de dramatismo, con que Burton acometió su colosal empresa. Según Borges, si tanto Galland como Eduard Lane omitieron las escenas eróticas en sus traducciones de las *1001 noches*, lo hicieron en honor del buen gusto y de la fantasía. Si Richard Burton las incluyó, fue para alimentar la costumbre erudita y desdeñosa del hombre cultivado de la metrópoli. Sin embargo, esta apreciación del bonaerense no es del todo exacta. Lo que en Galland es fruto de la gracia dieciochesca, lo que en Lane es una honrada y minuciosa contención victoriana; en la obra oriental de Ri-

chard Burton asistimos a la expresión de una reciente categoría estética. Sin dicha categoría —lo sublime— no es posible elucidar adecuadamente tanto la literatura como la vida de este formidable aventurero del Ochocientos.

Fawn M. Brodie, que escribe esta exhaustiva biografía a finales de los 60, aborda la totalidad del ciclo artístico y vital del capitán Burton subrayando la estrecha relación de dos asuntos en apariencia dispares: el gusto de Burton por la aventura, por lo demoníaco, por lo escabroso, y la aparente castidad de su matrimonio con Isabel Arundell. Es decir, Brodie acomete la compleja personalidad de Burton desde el psicoanálisis, llegando a resultados brillantes, a observaciones de notable perspicacia, cuyo alcance y verosimilitud no están exentas de ciertas ingenuidades, propias de aquella hora. Aún así, la profesora Brodie señala la dirección adecuada, cuando postula a Burton como una suerte de precursor de Sigmund Freud y su ignorado piélago de lo reprimido y lo inconsciente. Por supuesto, Burton nunca pretendió añadir a sus honores de lingüista, de antropólogo, de explorador, de orientalista, el árido membrete de psicólogo. Sin embargo, tanto Burton como Freud deben su obra a un nuevo gusto por lo abisal y lo te-



Portada del libro donde el diplomático, aventurero y orientalista británico Richard Burton (1821-1890) aparece retratado por Frederic Leighton.

rrible, por la nueva categoría de lo sublime, que ha tenido su origen en el orbe anglosajón, en los ensayos de Addison y Burke, y que alcanzará el continente con las apostillas y considerandos de Immanuel Kant.

Un abismo es sublime porque

añade a su enormidad el escalofrío del vértigo; un desierto es sublime porque a su infinitud, a su hemo-sura, se suman la soledad y la muerte; una *femme fatale* es sublime porque su belleza viene prestigiada —como la *Salomé* de Wilde— por una mácula sangrienta. Lo su-

blime es un tipo de belleza en la que el terror se hermana con lo grandioso y lo infrecuente. Esa misma belleza, tan novedosa como ambigua, es la que el Occidente viajero hallará en Oriente. En buena medida, el Oriente de los orientistas como Burton es la encarnación geográfica y vital de esta nueva tipología. Una tipología, por otra parte, donde lo pintoresco y lo malvado, la sexualidad y la pureza, se ofrecen al lector a través de una figura también sublime: el aventurero, el sabio, el *beau tenebreux*, personajes todos que encarnó fidedignamente Richard Burton, y que añaden verosimilitud a la naturaleza anómala, a la ambición desmesurada, indiscernible al cabo, de su vida y su obra.

Todas estas apreciaciones, de fuerte coherencia interna, vienen explicadas pormenorizadamente en *El diablo manda* de Fawn M. Brodie. A lo cual debe añadirse

Lo sublime es un tipo de belleza que hermana el terror con lo grandioso y lo infrecuente

una oportuna vindicación de Isabel Arundell, la mujer de Burton; una vindicación que es a un tiempo un acto de justicia y una inculpación expresa. A lo largo de estas páginas, la profesora Brodie elogia los méritos literarios y el arrojo infrecuente de la esposa de Burton, sin olvidar sus actos menos elogiados. Muerto Burton, su viuda purgó ampliamente sus diarios y dio al fuego su traducción de *The Scattered Garden*, donde una franca sexualidad contrariaba el estricto catolicismo de su viuda. De este modo, el viejo explorador, el formidable erudito, el traductor inhóspito y controvertido, revertía, por mano de su mujer, en venerable efigie victoriana.

HIROSHIMA

John Hersey. Trad. y prólogo de Juan Gabriel Vásquez. Debate. Barcelona, 2015. 184 páginas. 19,90 euros

Ignacio F. Garmendia

Eran las ocho y cuarto de la mañana del 6 de agosto de 1945 cuando el "silencioso resplandor" se abatió sobre Hiroshima, señalando con absoluta precisión el inicio de la era atómica. El hongo nuclear, los cadáveres apilados, la niña corriendo con los brazos extendidos, las vistas aéreas de la ciudad devastada, la memoria colectiva guarda para siempre estas y otras imágenes de un horror que no admite calificativos, pero esa memoria está hecha también de palabras y entre ellas las de John Hersey ocupan un lugar ineludible. Publicado en 1946 por la revista *New Yorker*, que le dedicó un número monográfico, *Hiroshi-*

La verdad desnuda



Vista de Hiroshima en 1945 poco después de la bomba.

ma ha sido calificado como el reportaje más famoso de la Historia, pero más importante que la formidable repercusión que obtuvo en su momento es el que

su lectura, casi siete décadas después, siga siendo tan emocionante e iluminadora como entonces. Como afirma el traductor, Juan Gabriel Vásquez,

los norteamericanos, acogidos al falaz argumento de que el uso de la bomba ahorró vidas, no se habían mostrado interesados en observar de cerca los estragos causados por la decisión de arrojarla. Hersey les mostró y nos muestra cómo lo vivieron los habitantes de Hiroshima.

Lejos de regodearse en el patetismo, el periodista fue a lo concreto sin perder el tiempo en debates teóricos o condenas expresas, cediendo todo el protagonismo a las víctimas. Sobrio, riguroso, estrictamente factual, su relato refiere la experiencia de seis perso-

najes —la viuda Nakamura, el padre Kleinsorge, la señorita Sasaki, el reverendo Tanimoto y los doctores Sasaki y Fujii— llamados no supervivientes, palabra que los japoneses tendieron a evitar para no ofender la memoria de los muertos, sino "afectados por la explosión", pues las consecuencias de la misma fueron perdurables a una escala desconocida y de hecho el propio Hersey escribió un capítulo posterior (1985) referido a *Las secuelas del desastre*, donde retomaba años después los maltrechos destinos de sus protagonistas. Magistral en su forma de manifestar compasión desde una distancia teñida de respeto, el reportaje vale también como admirable paradigma del objetivismo que define, mucho mejor que la retórica del yo con la que se adornarían los mitificados reporteros de la nueva ola, el reto moral de la tarea periodística.